

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 10 DE SEPTIEMBRE DE 1933

NÚMERO 37



Aventuras de un cazador de fieras

Aquellos que van a cazar en las selvas vírgenes de América, tropiezan con aventuras extrañas y acontecimientos adversos.

Muchas veces, después de atravesar enormes pantanos y de escalar montañas empinadas, pasan días enteros sin que el ca-

zador pueda coger una sola pieza, mientras que otras veces, cuando menos lo piensa, encuentra caza abundante. Algunas veces su buena suerte le coge durmiendo, como ocurrió en el caso siguiente, que me refirió un viejo cazador del lejano oeste.

A este hombre le llamaban Calmoso. Era un tipo extraño. Nunca hacía un movimiento rápido, nunca se reía, nunca daba muestras de excitación, y estaba tan acostumbrado a la vida en sus propios bosques y a cazar continuamente, que nunca tosía, ni estornudaba, a no ser en su propia choza, como si lo hiciera a hurtadillas; y entonces cada vez volvía la vista cautelosamente y con ansiedad, como si fuera a enterarse de si no había asustado acaso algún animal salvaje.

El estado KENTUCKY está situado en los márgenes del río Ohío, y se extiende hasta el Mississipi. Después de la guerra de independencia americana, Kentucky aun se encontraba en un estado bastante revuelto; abundaba la caza y sólo lo habitaban tribus indias guerreras. Los primeros colonizadores tuvieron que luchar allí con grandes peligros y dificultades, y si bien podían mantenerse por medio de la caza, nunca estaban seguros, si la detonación de su rifle no les atraería el ataque de las fieras que merodeaban por todas partes, de modo que de cazadores se convertían en cazados. Llevaban una vida de una excitación extraordinaria y llena de aventuras.

Pues bien; mi viejo amigo Calmoso—entonces un joven robusto—se había establecido en la selva con unos cuantos compañeros, construyendo una fuerte casa de vigas, donde por la noche lo menos estaban seguros de cualquier ataque; efectivamente, siempre tenían que estar alerta, y durante todo el día rondaban separados por los alrededores en busca de caza. El hecho de que esto entrañaba peligro, aumentaba el interés para estos hombres valientes.

Ocurrió, pues, que Calmoso salió una mañana para cazar un venado. Había allí muchos ciervos y también muchos pavos salvajes; pero abundaban osos y panteras, porque dondè hay mucha caza, las fieras que viven de ella también existen en gran número. Ante todo había muchas panteras que estaban de acecho en aquellos bosques; nunca atacaban a los hombres, sino por el contrario, eran tímidas y escapaban al más ligero ruido que creían causado por hombres. Por esta causa era muy difícil cazarlas. Según tenía costumbre, Calmoso se había deslizado entre la maleza, sin disparar un solo tiro. De vez en cuando, en efecto, vió un rebaño de venados; pero nunca estaba parado el tiempo necesario para que él pudiera apuntar, y el cazador americano no apunta un animal que se está moviendo. Por fin, se cansó de andar. Según la situación del sol tenían que ser las tres de la tarde, y el cazador resolvió descansar un par de horas debajo de un árbol. A la caída de la tarde, las bestias feroces, que se esconden entre los matorrales durante la fuerza del día, suelen ponerse en movimiento otra vez y el cazador confiaba poderse llevarse a casa alguna caza por la tarde. Habiendo encontrado un lugar escondido, donde los indios no le descubrirían fácilmente, pronto se quedó dormido, la cara reclinada en ambos brazos para que no le molestarán los mosquitos. Tenía el rifle a su lado para poderle agarrar en seguida, si amanezaba algún peligro. Pero dejemos ahora que el viejo Calmoso cuente su propia historia; decía lo siguiente:

“No sé exactamente cuánto tiempo estuve echado así; pero de repente parecía, como si un viento recio moviera las hojas secas sobre las que estaba tumbado, y sentí como si revolotaban a centenares encima de mí. Al principio estaba medio dormido, no sabiendo si soñaba o estaba despierto; pero al despertar completamente, noté como

si alguien me echara y cubriera con hojas secas, mezcladas con arena y tierra.

En el primer momento estaba sorprendido, tan asombrado, que no sabía absolutamente qué hacer, pero con la rapidez del rayo reflexioné que no podían ser índios, porque al momento de descubrirme me hubiesen dado un golpe en la cabeza con sus tomahwaks o hachas. Me daba cuenta de algún peligro; pero, ¿cuál?

(Concluirá)

DAVID FUGITIVO

(Continuación)

Como a David le convenía que nadie supiera dónde él estaba, después de tomar los panes y la espada se fué en busca de sus compañeros. Estos, mientras tanto, habían hecho pesquisas respecto a la actitud de Saúl, comprobando que el rey no dejaba de buscar a David. En estas circunstancias, David resolvió abandonar del todo su país, y con sus compañeros se fué a tierra de los filisteos, al reino de Gat, buscando acogida como prófugo extranjero. Pero los cortesanos del rey de Gat, Aquis, le reconocieron como quien era y se lo advirtieron al rey, diciendo: "¿No es este David, el famoso caudillo de Saúl, que tantas derrotas nos ha causado?" Al enterarse David de que era conocido, temió, como es natural, la venganza de ellos, y para salvarse, se fingió loco. Empezó a hablar en palabras entrecortadas, confusas y sin sentido; profirió gemidos y alaridos y erraba por las calles, haciendo aspavientos, escribiendo en las portadas de las puertas y dejando correr su saliva por su barba. De esta forma logró engañar al rey, que dijo a sus cortesanos: "¿Cómo puede ser este David; no veis que está demente? Dejadle ir, porque tengo bastante con los locos que me ro-

dean, y no me hace falta este desgraciado".

David, al verse libre, juzgó oportuno abandonar cuanto antes aquella corte peligrosa, y volvió a internarse en las ásperas y solitarias montañas de Judea. Fijó su residencia en la cueva de Adulam, y envió recado a todos sus amigos, por si querían venir. Los primeros en acudir fueron sus parientes, padre, madre y hermanos, y a ellos siguieron gran número de descontentos y disgustados con Saúl y su reinado en cantidad tan grande, que David pronto contó con unos cuatrocientos hombres a sus órdenes. Como David no quería que su familia sufriera las privaciones y los peligros de su vida de fugitivo, la envió al rey de Moab, amigo suyo, que los recogió gustoso en su país mientras durara la persecución de Saúl.

Entre tanto, Saúl puso todo su afán en conseguir noticias ciertas acerca de David. Un día, habiendo reunido en Gabaa el rey, a todos los nobles del país para consultar con ellos las medidas que se hubieran de tomar contra David y quejándose él amargamente de que todos simpatizaran con David, encubriendo al rey lo que sabían del fugitivo, se presentó ante la asamblea un tal Doeg, idumeo, que declaró: "Yo estaba recluso en Nob por mandato real, cuando allí se presentó David, y vi cómo Ahimelec, el sacerdote, proveyó de víveres y armas a David". Apenas oído esto, Saúl envió por Ahimelec y todos los sacerdotes de Nob, a los cuales, estando presentes, les increpó durísimamente diciendo: "¿Por qué habéis conspirado contra mí, tú y el hijo de Isaí, cuando tú le diste pan y espada y oraste por él, a Dios, para que se levantase contra mí y me acechase, como lo hace hoy día?" Ahimelec, que, como vimos, nada sabía de la enemistad del rey con David, se sobresaltó en gran manera, y respondió: "¿Pero no es David uno de tus más fieles servidores, yerno tuyo además, y uno de los más insignes

generales de tu ejército, gloria e ídolo del país? ¿No he orado yo siempre para él? ¿Cómo, pues, no le iba a ayudar yo en aquella ocasión, y más aún alegando él que venía enviado por ti?" Pero Saúl, cegado por el espíritu de venganza, no reparaba en esta razonada defensa del sacerdote, sino mandó a su guardia que cercasen y matasen a Ahimelec y sus compañeros. Mas los alabarderos de la guardia se negaron rotundamente a ello, en vista de que eran inocente los acusados y, además, por ser ellos sacerdotes de Dios. Entonces el rey, fuera de sí, dijo a Doeg: "¡Vuelve tú y arremete contra ellos!" Este, queriendo congraciarse con el rey, desenvainó su espada y mató a Ahimelec y a los 85 sacerdotes que habían venido con él. Ni con este acto injusto y cruel el rey había satisfecho su espíritu vengativo; poco después envió tropas a Nob, que devastaron la ciudad, pasando a cuchillo a todos sus habitantes, incluso a las mujeres, niños y mamantes, bueyes, asnos y ovejas. De esta terrible matanza, ordenada por el rey abandonado de Dios, sólo supo escapar un hijo de Ahimelec, llamado Abiatar. Este se fué en busca de David, y le dió cuenta de todos los acontecimientos. David le acogió cariñosamente, prometiéndole su protección a cambio de que él le prestase los servicios de sacerdote, sobre todo orando a Dios por su protector.

David seguía su vida de fugitivo, cuando los filisteos hicieron una nueva invasión, en el país, tomando por armas la ciudad de Queila. David tuvo noticias de ello y, recordando los tiempos anteriores, en que tantas veces Dios le había dado la victoria sobre los filisteos, reuniéndose con Abiatar, consultó en oración de Dios si El quería que saliese para luchar con los enemigos. Y como Dios le repusiera: "Ve, hiere a los filis-

teos y libra a Queila", David no vaciló hacerlo. Pero al notificar David sus intenciones a los que con él estaban, éstos se opusieron, diciendo: "¿No te es bastante ser tú mismo fugitivo, y vivir en continuo peligro, para que vayas en busca de nuevos riesgos? Aquí estamos más o menos seguros; pero ¿qué será de nosotros, saliendo de aquí a la llanura y teniendo por enemigos a los filisteos y a Saúl?" David volvió a consultar con Dios, después de lo cual habló nuevamente con sus compañeros, diciéndoles que si Dios estaba con ellos, nadie prevalecería contra ellos. Viendo la tropa el valor y la fe de su caudillo, no quisieron negarse más. Partieron hacia Queila, y, derrotando a los filisteos, libraron la ciudad, instalándose en ella.

Esta victoria de David no podía permanecer oculta a Saúl. Este, apenas enterado, lejos de agradecer el beneficio que David había hecho al país, librándole de sus enemigos, no pensó sino en que ahora tenía una magnífica ocasión de captar y matar a David, poniendo cerco a Queila, antes de que los vencedores se escondieran de nuevo en la región montañosa. Convocó a sus tropas y partió hacia Queila. Empero también David tenía montado un excelente servicio de información, y pronto sabía lo que intencionaba el rey. De nuevo consultó a Dios sobre lo que había de hacer y recibió la respuesta que, en efecto, Saúl se acercaba con las peores intenciones y que los ciudadanos de Queila, a pesar de haber sido librados por David, estaban dispuestos a entregarla a Saúl. En seguida David dió a su tropa la orden de salida, y logró retirarse a la montaña antes de que viniera Saúl, el cual, enterado de esto, tuvo que desistir por esta vez de sus planes de persecución.

(Continuará.)

PRECIOS DE SUSCRIPCION: *Por un año:* En España y Repúblicas Americanas, ptas. 3,00 (25 centavos oro); en los demás países, ptas. 4,50

Librería Nacional y Extranjera, Caballero de Gracia, 60. Madrid.